

# La filología indigenista en los misioneros del siglo XVI

**E**ntre las numerosas dificultades surgidas tras el Descubrimiento, una de las primeras, en la que la generalidad del público culto apenas si suele reparar, fue la diferencia lingüística existente entre los españoles y los naturales de las tierras americanas.

El propio Colón nos cuenta en su *Diario* cómo sus iniciales contactos con los indígenas de Guanahaní, en el archipiélago de las Lucayas, tuvo que basarse en las señas. No podía ser de otro modo:

Yo vide algunos que tenían señales de feridas, y les hice señas qué era aquello, y ellos me amostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar y se defendía<sup>1</sup>.

En tales declaraciones se basa, como es lógico, Don Hernando Colón, quien, casi con las mismas palabras que su padre, viene a decir en su *Historia del Almirante*:

Como algunos tenían cicatrices de heridas, se les preguntó por señas, la causa de tales señales, y respondieron, también por señas, que los habitantes de otras islas venían a cautivarlos, y que al defenderse, recibían tales heridas<sup>2</sup>.

Lo precario de esta inicial comunicación salta a la vista. Podía bastar para sellar el primer contacto, pero no para intercambiar información de elevados conceptos. En tal sentido, elemental deber de reconocimiento nos obliga a rendir tributo a la labor cultural llevada a cabo por los misioneros del siglo XVI. Para ellos, excepciones aparte, se convirtió, no sólo en necesidad, sino en verdadera obsesión, el conocimiento de las lenguas prehispánicas.

Los primeros tanteos de cristianización y de instrucción cultural se llevaron a cabo, como era normal, en La Española, donde en el segundo viaje de Colón llegaron doce misioneros, a cuyo frente se encontraba, como es bien sabido, fray Bernardo Boyl, el religioso catalán amigo del rey Fernando.

Y también llegaron en este segundo viaje algunos de los indios que Colón llevó a España como testimonio de su anterior navegación, y a quienes bautizara en el extre-

<sup>1</sup> Cristóbal Colón: *Diario de a bordo, colección Crónicas de América, Madrid, Historia 16, 1985, pág. 91.*

<sup>2</sup> Hernando Colón: *Historia del Almirante, Crónicas de América, Madrid, Historia 16, 1984, pág. 113.*

meño monasterio jerónimo de Guadalupe. Ellos se convirtieron en los primeros intérpretes, aunque un tanto *sui generis* y, también, en los primeros evangelizadores seculares del continente. Otra cosa distinta es que por este procedimiento no se lograra alcanzar ningún éxito notable. El padre Las Casas cuenta en su *Historia de las Indias* el parlamento que mantuvo con el Almirante un viejo cacique de la isla, gracias a la traducción llevada a cabo por los indios que llevaba. Paralela a la labor evangelizadora se debía ejercer la puramente escolar.

Si en 1501 la Corona encarga a Nicolás de Ovando, Gobernador de La Española, que procurase la conversión de los indios «sin hacerles fuerza alguna», dos años después, en 1503, se le indicará la conveniencia de organizar la vida de los indígenas en pueblos en los que habría de existir una iglesia, cuyo capellán, aparte de adoctrinar a los adultos, se encargaría de enseñar a los niños, dos veces por día, las oraciones, la lectura y la escritura. Claro está que todo ello nos presenta de inmediato el interrogante sobre la lengua en la que se llevaba a cabo tal enseñanza.

El ya citado padre Boyl escribió a los Reyes Católicos comentándoles el escaso fruto de su predicación a causa del desconocimiento de la lengua de los naturales. Los monarcas le contestan en carta del 16 de agosto de 1494, en donde apuntan una cierta esperanza:

Quanto a lo que nos escreviste que pensáis que vuestra estada allá no aprovecha tanto como pensábais por falta de la lengua, que no hay para fazer intérpretes con los yndios y que por esto vos queriades venir por servicio nuestro: que esto no se faga por agora en manera alguna. Bien creemos que después que nos escrevistes avrá avido alguna forma de lengua para que comience a dar fruto vuestra estada allá...<sup>3</sup>

Poco tiempo después y, no obstante lo ordenado por los Reyes, fray Bernardo regresó enfermo a España, acompañado por varios de los religiosos que con él habían viajado a América. Parte del grupo inicial de evangelizadores había fracasado, por lo tanto.

Sin embargo, otros sí que consiguieron logros inmensos en el intento por establecer comunicación con los indígenas. Entre ellos, el ermitaño de San Jerónimo, fray Román Pané, también catalán, quien puede ser considerado como el primer europeo conocedor de las lenguas americanas, pese a la consideración negativa de Las Casas, que lo califica de «hombre simple» que sólo conocía algunas palabras de los indios. Posición difícil de sostener si consideramos que Pané dedicó dos años de su vida a informarse de las concepciones religiosas de los taínos para escribir su *Relación de Fray Ramón acerca de las antigüedades de los indios, las cuales, con diligencia, como hombre que sabe el idioma de éstos, recogió por mandato del Almirante*.

¿Cómo le iba a resultar posible recabar esta información si no era capaz de entenderse con los indígenas? ¿Parece posible que pudiese ser rotundamente falsa su afirmación, incluida en el título, de ser conocedor del idioma? Si, en realidad, era tan simple e indolente, ¿resulta fácil creer que sintiera inquietud por escribir una obra sobre tal tema y, sobre todo, que fuera capaz de lograrlo? Y, lo más curioso, el propio Bartolomé, en una más de sus contradicciones, copia casi íntegra la *Relación*.

<sup>3</sup> Antonio Ybot León: La Iglesia y los eclesiásticos españoles en la empresa de Indias, Barcelona, Salvat, 1954, Vol. I, pág. 495.

Igualmente conocemos el nombre de otro curioso personaje que logró vivir entre los indios, sin trato alguno con los cristianos, para poder aprender así su lengua. Era un marinero de Palos, Cristóbal Rodríguez, quien llamaron «la lengua», defensor de la libertad de los naturales, así como de los matrimonios mixtos<sup>4</sup>.

Que los restantes misioneros de la primera expedición enviada debieron esforzarse, no sólo en la cristianización de los indígenas, sino también en su instrucción, nos lo confirma el hecho de que la expedición de franciscanos enviada en 1502, llevó a La Española dos *Vocabularios* (uno Eclesiástico y otro de Nebrija), así como dos *Artes de Gramática*. Estos cuatro volúmenes constituyen el germen de la primera enseñanza de tipo clásico impartida en América, pues se trataba de enseñar latín a algunos muchachos para que poco después pudiesen convertirse en eficaces auxiliares de los frailes.

Hasta el presente, venimos refiriéndonos a lo que Borges Morán denomina «período de tanteos». A partir de 1508, la labor evangelizadora se extenderá desde La Española a todas las riberas del Caribe (Puerto Rico en 1510; Cuba y Jamaica en 1511; el Darién en 1513; Cumaná en 1516).

Mientras tanto, se ha estado realizando una verdadera aproximación lingüística, como nos demuestra el hecho de que cuando en 1510 llegan a La Española los primeros dominicos, ya pueden contar con intérpretes que les permiten predicar a los naturales.

En 1512 se embarca para América una nueva expedición de misioneros, dirigida por el franciscano fray Alonso del Espinar, quien lleva consigo dos mil cartillas, veinte *Artes de Gramática*, otras tantas resmas de papel y sus correspondientes escribanías, a cargo de la Real Hacienda, para enseñar a los niños.

Por su parte, al año siguiente, viaja a Santo Domingo el predicador fray Diego de Córdoba. A él corresponde el honor de llevar al Nuevo Mundo treinta ejemplares de la *Gramática* de Nebrija.

Todos estos datos, sin pretensión exhaustiva alguna, creo que son suficientes para evidenciarnos la existencia en fecha temprana de una verdadera enseñanza por parte de los misioneros y que paulatinamente irá dando su fruto, como pone de manifiesto el cuestionario que a principios del XVII se envía a las Indias para recabar datos de su situación social y que en su pregunta noventa y cuatro inquiriere «si hay en este pueblo algunos indios que sepan leer o escribir o alguna ciencia». Pues bien, Amatlán, en Nueva España, con 238 indios, contesta que los setenta muchachos y muchachas van a la doctrina desde los cinco años y que hay quince indios que saben leer y escribir; Ocelotepeque, también en Nueva España, tenía veinticuatro indios que sabían leer y escribir en la lengua zapoteca y mexicana; Charapote, igualmente de Nueva España, asegura contar con una población más sociable, que tiene en el lugar un maestro indio que enseña a escribir<sup>5</sup>.

Volvamos, sin embargo, al tema de la lengua. ¿Qué soluciones cabía arbitrar? ¿Qué procedimientos siguieron habitualmente los españoles para poder llegar a los naturales?

Una posibilidad era la de que éstos aprendieran el español, pero al margen de problemas metodológicos, el tipo de población mayoritariamente diseminado, el régimen

<sup>4</sup> Leandro Tormo: «Lenguaje y evangelización del indio», en Luciano Pereña y otros, *Inculturación del Indio*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1988, pág. 269.

<sup>5</sup> Salvador de Madariaga: *El auge y el ocaso del Imperio Español en América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, pág. 185.